

CRISIS Y CASTIGO

Más allá de la esgrima dialéctica a la que nos tienen acostumbrados los testaferros de las grandes empresas –entiéndase gobernantes-, sobre si estamos en crisis, desaceleración, enfriamiento, gripe vírica o guerra bacteriológica, y de la pasmosa facilidad que demuestran al marcar el campo de juego –las cuatro esquinitas de lo posible- a la supuesta contraparte social, política y sindicalmente plañidera, hay síntomas de agotamiento del sistema lo suficientemente serios como para que merezca la pena tocar el hombro de la compañera y pararnos a pensar en círculo oteiziano.

En vez de alegrarnos de que la bomba nuclear confiscatoria de rentas de la burbuja inmobiliaria explote en sus putas caras de cemento, de que se atemperen el urbanismo salvaje y la especulación a la vez que los pelotazos y las recalificaciones de nuestros prebostes –los que defienden la construcción nacional como forma de cementación nacional y confunden la negociación con el negocio-, nos acongojamos con milongas como el efecto tractor de la construcción para la economía o el cierre –ya era hora- de alguna inmobiliaria-vampiro.

En vez de alegrarnos de que algunos países, como Venezuela, recuperen con el aumento del valor del crudo una parte irrisoria de lo que les llevamos siglos robando, de que el precio de los combustibles suponga una ducha de agua fría para el “calentón planetario”, de que a alguien se le ocurra dejar su onanista automóvil en su hermético garaje –los coches esos asesinos que matan impunemente a miles de personas, en palabras de Justo de la Cueva-, de que a mayores precios del petróleo menos globalización financiera y menos división internacional del trabajo, menos deslocalización,...

En vez de alegrarnos de los alarmantes síntomas de agotamiento del sistema, percibimos su crisis, la crisis del sistema criminal que pretendemos combatir, como una patología propia. Al parecer los cimientos de nuestra seguridad personal y colectiva se asientan sobre el atropello planetario y la esquilmación de los recursos, la cena en el txoko sobre los estómagos hinchados de los niños que no podrán comerse los muy ecológicos biocombustibles y nuestras vacaciones –solidarias, aventureras y alternativas, como no- sobre el intercambio de sangre por petróleo en Oriente Medio.

El estallido, todavía parcial y de onda corta, de la burbuja inmobiliaria, la muerte por hambruna de millones de personas por efecto de la especulativa subida de precios de productos de primera necesidad como los cereales o la montaña rusa invertida de los precios del petróleo, son síntomas de una enfermedad largamente diagnosticada -la insostenibilidad del sistema- que amenazan, a falta de una respuesta coherente en clave de cambio de paradigma, con arrastrarnos al inodoro de la historia.

Hablando de inodoros y de historias –para no dormir-, aquí van algunos datos que huelen como cañerías de batzoki:

- Repsol durante el primer trimestre de 2008, por la continua subida del petróleo, bate récords al obtener unos beneficios de 1.212 millones de euros, un 36'5 % más que el año anterior
- La compañía Petronor obtuvo el pasado año unos beneficios de 294,6 millones de euros, un 17,4% superior a lo logrados en el ejercicio anterior

- Petronor está controlada por Repsol (85'98 %) y la BBK (14'02 %)
- Repsol ficha a Josu Jon Imaz como presidente de la filial Petronor, ex consejero de Industria del PNV entre 1999 y 2004
- Acciona 154 millones de beneficio hasta marzo un 9'5 % más por su participación en Endesa.
- IBV 500 millones de beneficio por la venta de Gamesa
- Sólo en el primer trimestre de 2007 los beneficios de las empresas del Ibex crecieron un 32%, los salarios, un 2,9% según datos del Ministerio de Trabajo; en el caso de las inmobiliarias la evolución es estratosférica: un 171%
- Mientras que el salario medio de los países de la OCDE es de 24.380 €y se ha incrementado un 1'1 % en el último año, el de España –vivaespaña- es de 18.369 €y ha disminuido un 0'7 %.

El incienso con olor a JEL, cual psicotrópico alucinógeno, nos traslada a otros estadios de la materia, a la fase anal del pensamiento, esa de preguntarlo todo:

¿Por qué se achaca la “crisis” a la política de precios del petróleo de los países de la OPEP cuando quienes se forran son Repsol y Petronor que “tributan” aquí?

¿Por qué en los convenios colectivos se reivindica la no pérdida de capacidad adquisitiva de los salarios respecto del incremento del IPC (alrededor de un 2 %) y no respecto del beneficio empresarial 32 %?

¿Por qué los adalides de la economía de mercado piden la intervención del estado y este acude raudo en su ayuda con un pornográfico boca a boca donde trafican hasta con el aire que respiramos?

En una reciente entrevista, Abdalla Salem El-Badri, secretario general OPEP, afirmaba que altos precios del petróleo significan más ingresos para los Gobiernos de los países consumidores porque aumenta la parte que se va en impuestos, y que más del 85% de los ingresos que tienen los países productores vuelve a los países consumidores como Estados Unidos y Europa. El verdadero problema es que tras el batacazo bursátil de las hipotecas basura en EE.UU. el capital especulativo se ha vuelto hacia el mercado de las materias primas.

Y como canta Evaristo si “la bolsa de Nueva York controla este mogollón”, los del “Gora ta gora” talan el maltrecho roble de Gernika. Bajo la soflama oficialista del “todo vale contra la crisis” los gestores regionales del invento, nuestros bucólicos capitalistas de kaiku, txistu y tamboril, se apuntan a las rebajas y quieren aprovechar el río revuelto del mercado para rematar su faena de convertir nuestra tierra en un hediondo vertedero, en una manzana llena de gusanos. Sirva de ejemplo, amén de variadas estulticias de pan y circo como el proyecto de Guhengeim en Urdaibai -cuyos jardines a buen seguro abonarán con los huesitos incorruptos de Sabino-, el pomposamente autodenominado plan *Gipuzkoa aurrera*, ariete contra la hecatombe en el mundo mundial cuyos pilares son: la construcción del puerto exterior de Pasaia, el cuarto cinturón de Donostialdea, el aeropuerto de Hondarribi, y como no, el TAV. Vamos eso de si no te gusta el arroz con leche bajo la puerta te meto un ladrillo.

Se trata de mantener el cinturón de hormigón, no el de hierro de Bilbo del 36 con cuyas virutas han hecho la casita de chocolate de Puppy para mayor gloria de la uniformización cultural y la mercantilización del arte con franquicia neoyorkina, sino del que se nutren los estómagos agradecidos –los michelines del partido guía-. Pero esta

vez ya directamente con dinero público, con el bote común, la cataplasma de la sustitución de la inversión privada por la obra pública, vendiéndonos como tabla de salvación proyectos ruinosos y fuertemente desvertebradores territorialmente como los grandes pilares de la economía y cuya duración se aproxima a la de los colorines de los fuegos artificiales en la bahía de la Concha (pregúntese, ozú, en el barrio de Triana sobre los fastos del 92 en Sevilla).

Ante esta situación de crimen sin castigo no es hora de demandar cataplasmas socialdemócratas, aspirinas contra el cáncer, es tiempo de hacer emerger, de visualizar, los perversos mecanismos de un sistema que hace posible la coexistencia de “su crisis” con escandalosos incrementos de “sus beneficios” empresariales. La historia interminable de la apropiación de los beneficios y la socialización de las pérdidas.

Tras el pomposo nombre de globalización de la economía se esconde algo mucho más prosaico, la mundialización financiera, la emergencia de un actor nuevo como elemento central, las empresas transnacionales, convertidas en el nuevo tótem por la desaparición de cualquier elemento internacional de regulación del mercado. Así, se posibilita que el capital especulativo campe a sus anchas por la entera piel planetaria, acaparando alimentos y materias primas de primera necesidad mientras el sueño bolivariano empieza en la boca de una mina del altiplano que clama por su nacionalización.

En este tiempo histórico marrullero y atribulario, lleno de piratas y corsarios con asiento y derecho de veto en la ONU, donde las materias primas sólo son juguetes en manos de los intermediarios, donde el valor de uso ha quedado abolido incluso del imaginario colectivo por el valor de cambio, y el umbral de necesidad en los países enriquecidos lo fija ese electrodoméstico radiactivo y desintegrador de conciencias llamado televisión, es más necesaria que nunca la lucha ideológica para desenmascarar las entrañas del monstruo, articular espacios de encuentro y movilización social alejados de la lógica pactista, de la moral del esclavo, como escribía Bertolt Brecht “al que cuando la casa está siendo devorada por las llamas pregunta que será de sus pantalones domingueros, no tenemos nada que decirle”.

Las crisis abren posibilidades objetivas de cambio de paradigma si se enfrentan desde la defensa de alternativas radicalmente diferentes a lo existente, a lo tendencial, a la cataplasma, a la reivindicación del aumento salarial lineal para picotear las migajas del banquete que está acabando con la tierra y con los pueblos indígenas que todavía quedan sobre ella.

¿Porqué no plantear –y caminar–, hacia escenarios posibles, necesarios y reales, que acaben con la deslocalización del sistema productivo y la dispersión espacial de producción y consumo? ¿Por qué no centrar nuestros esfuerzos colectivos en dibujar una sociedad diferente tras la crisis? Autores como Ernest García avanzan por ese camino: "ciudades pequeñas rodeadas por tierras agrícolas, restablecimiento de las diferencias entre lo urbano y lo rural, desaparición de los grandes centros comerciales, geografías cotidianas susceptibles de ser recorridas a pie, rehabilitación de edificios de dos a cinco pisos, obsolescencia de los rascacielos y de las áreas de aparcamiento (...), la reaparición de la artesanía, fragmentación del Estado-Nación, desaparición de productos y profesiones inútiles (como los repelentes de insectos, los agentes de viajes y el marketing), resurgimiento del ferrocarril, drástica contracción del consumo de masas...".

¿Por qué no apostar por el decrecimiento sostenible? ¿Por supeditar el mercado a la sociedad, sustituir la competencia por la cooperación, acomodar la economía al ciclo de la naturaleza? ¿Por qué no aprovechar la insostenibilidad del sistema como un altavoz de nuestras propuestas? ¿Tenemos propuestas? ¿Nos atrevemos a pasearlas fuera del bolsillo interno del chaleco? ¿Por qué no mandar las carabinas de Gastibeltza contra los filibusteros de la Marbella vasca?